

no era bastante para que pudiesen alcanzar un éxito feliz en la contienda (1).

Los aliados, no conociendo los inmensos recursos militares con que contaban sus adversarios, ni el superior esfuerzo que poseían, se resolvieron á tomar á Landrecy y á marchar directamente á Paris desde esta base de sus operaciones. Antes de que se emprendiese este movimiento pasó revista á todo el ejército el 16 de Abril, el emperador de Austria en los planios de Cateau; su número era el de 150.000 hombres, y

Plan de los aliados.
Toma de Landrecy.

(1) Hard., 28, 578, 529.

La disposición de los ejércitos contendientes era la que sigue:

FRANCESES.	
Ejército del Norte.....	220.000
Del Mosela y del Rhin.....	280.000
De los Alpes.....	60.000
De los Pirineos orientales.....	80.000
De los Pirineos occidentales.....	80.000
Del Sur.....	60.000
	<hr/>
	780.000
ALIADOS.	
Flandes.....	140.000
Duque de York.....	40.000
Austriacos sobre el Rhin.....	60.000
Prusos idem.....	65.000
Luxemburgo.....	20.000
Emigrados.....	12.000
	<hr/>
	337.000

particularmente se distinguía por el imponente aspecto que presentaba la caballería que constituía una fuerza capaz, al parecer, de conquistar al mundo. En vez de aprovecharse de esta inmensa masa los aliados para arrojarse sobre las fuerzas enemigas que todavía se hallaban diseminadas, dividióse al día siguiente á las tropas en ocho columnas para hacer frente a los franceses que estaban de igual modo divididos. Poco despues se puso sitio á Landrecy, y cubriólo una considerable porcion del ejército aliado. Al cabo de diez dias empleados en formar trincheras y en sostener un horroroso bombardeo, que casi arrasó á la ciudad, capituló esta importante fortaleza, quedando prisionera de guerra su guarnicion, que constaba de 5.000 hombres.

Durante el curso de este ataque, los generales franceses, estimulados por la junta de Seguridad pública, hicieron repetidos esfuerzos para que levantasen el sitio los aliados, esfuerzos que apoyaron los mismos gefes de la coalicion por el empeño que tenían en seguir el antiguo y absurdo plan de dividir sus fuerzas: temblaban á la idea de dejar un solo camino abierto, como si el éxito de la guerra dependiese de cerrar todos los que condujesen á Flandes en momentos en que meditaban emprender marcha sobre Paris. El plan de los republicanos consistió en una série de ataques sobre los puestos y cuerpos que formaban el prolongado cordón de los aliados, acompañada del formal avan-

Esfuerzos de los republicanos para hacer levantar el sitio.

ce de las dos alas, una sobre Pilipville y la otra sobre Dunquerque. El 26 de Abril operóse el movimiento de avance de toda la línea. El centro, que se dirigió contra el duque de York, á las inmediaciones de Cambray, recibió los mas sangrientos golpes. Cuando llegaron los franceses á los reductos de Troisville, que defendia el duque de York, fueron vigorosamente atacados de frente por las guardias inglesas que apoyaba un regimiento de coraceros que mandaba el príncipe Schwartzemberg, mientras el general Otto, dándoles por el flanco la carga, completó su derrota. Todo el cuerpo de ejército fué rechazado en confusion hasta Cambray, habiendo perdido 35 piezas de artillería y mas de cuatro mil hombres. Al paso que sufría este reves la izquierda del ejército republicano, no lo sufría menor el centro. A los principios logró obtener algunas ventajas sobre el cuerpo de austriacos que allí componia la fuerza que cubria el sitio; pero habiéndoseles reforzado á estos y apoyándoseles con una numerosa artillería, volvieron á tomar la ofensiva y rechazaron al enemigo, ocasionándole una considerable pérdida [1].

Pero estas ventajas, no obstante lo considerables que fueron, halláronse con-
Derrota de Clairfay, trapesadas por un fuerte golpe

(1) Jom., V, 55, 57. An. R-g., 1794, p. 329. Th. VI. 286, 287.

que recibió el general Clairfayt, cuya division formaba la estremidad de la derecha de la línea de los aliados. Los republicanos, por aquel lado, habian reunido 50 mil hombres al mando de Souham y Moreau, y el 25 de Abril avanzaron sobre los austriacos. Atacado por fuerzas superiores á la suya, vióse Clairfayt precisado á replegarse á Tornay, perdiendo 30 piezas de artillería y 1200 hombres que fueron hechos prisioneros. Su retirada pareció dejar en una situacion desesperada á una brigada de 3 mil hanoverianos que con motivo de ella quedó encerrada dentro de Menin y fué en breve furiosamente bombardeada. Pero el intrépido comandante de esta fuerza, apoyándose en la resolucion de un numeroso cuerpo de emigrados que estaba agregado á sus tropas, se decidió á abrirse paso por enmedio de los sitiadores, y con el heróico valor de sus huestes alcanzó su objeto. El príncipe Coburgo, al recibir lo noticia de este desastre, destacó al duque de York hácia Tornay para que auxiliase á Clairfayt, y permaneció con el remanente de sus fuerzas á las inmediaciones de Landrecy con el fin de poner á esta plaza en estado de defensa (1).

La junta de Seguridad pública; convencida, por lo infructuoso de los ataques que se habian dado á los aliados sobre su centro, de que las fuerzas que conservaba hácia aquel

Jourdan recibe órden de marchar del Rin hasta el Sambre.

(1) Jom., V. 61, 62. Th., VI, 288, 289.

rumbo no eran bastante numerosas, y confiando en la inacción y tibieza de los prusos que componian el extremo de la derecha, tomó la enérgica resolución de mandar á Jourdan que reforzase el ejército del Mosela con quince mil hombres que tomase del ejército del Rhin, y que, dejando un cuerpo de observacion en Luxemburgo, marchase con 45 mil hombres á la selva de Ardenas y se incorporase al ejército del Sambre. Esta resolución atrevida de reforzar en tan enorme grado al que se reputaba por punto decisivo de la dilatada línea de operaciones, y de lanzar 90 mil hombres sobre el extremo izquierdo del enemigo, produjo un importantísimo efecto sobre el éxito futuro de la campaña, y formó un singular contraste con las medidas de los aliados que al meditar sus operaciones ofensivas se consideraban inseguros sino cubrian con cuerpos destacados todos los caminos que conducian al territorio que ocupaban. La defeccion de la Prusia, que de dia en dia se hacia mas aparente, no les permitia contar con refuerzo alguno, para el flanco izquierdo, con el cual pudiesen contrapesar este cambio que operaba en su línea de ataque el enemigo, al paso que los movimientos de los demas puntos de la línea eran inciertos, é indignos absolutamente de la brillante fuerza que manejaban (1).

El 10 de Marzo, Clairfayt, sin auxilio alguno

[1] Th., VI, 290. Jom., V. 62, 63. Hard., II 532.

Varias acciones que se trabaron hácia el Sambre sin resultado alguno decisivo.

de las demas partes de la línea, atravesó el Lys y atacó á las tropas republicanas que se hallaban en derredor de Cambray. Trábose una obstinada pelea durante la cual se declaró el buen éxito sucesivamente por ambas partes, y al dia siguiente se continuó sin que hubiese obtenido una ni otra ventaja alguna decisiva. Cada cual de las fuerzas contendientes tuvo cuatro mil hombres de pérdida, y los dos ejércitos se volvieron á quedar en los mismos puntos que antes del combate ocupaban; prueba singular es esto de lo bárbara é indecisiva que es esta guerra de posiciones, pues no haberse obtenido por su medio un éxito proporcionado á los esfuerzos que se hicieron, ocasionó una mortandad incesante [1].

Empero acercábase la época en que el ingenio de Carnot debia crear un nuevo elemento que hubiese de dar un resultado cierto á las indecisivas operaciones de esta guerra. El 10 de Mayo, el ejército frances que se hallaba hácia las márgenes del Sambre, atravesó este rio con el intento de poner en ejecucion su plan de operaciones; pero los aliados habiendo reunido sus fuerzas para cubrir á la importante ciudad de Mons y situadose en un punto fortificado de Grandgrens, sostuvieron una encarnizada batalla que dió por

Arrójase á los franceses hasta el otro lado del Sambre.

(1) Toul., IV 320. Jom. V, 66. Th., VI, 291.

resultado la derrota de los republicanos quienes fueron arrojados hasta el otro lado del Sambre dejando en poder del enemigo diez piezas de artillería y perdiendo cuatro mil hombres. Pero los franceses, que habian quedado decenios de los puentes que tenian en el rio, á instancias de Sain-Just y Le Bas lo pasaron de nuevo el 20 y volvieron á la carga; pero continuó siéndoles tan adversa la suerte que el 24
 Mayo 24. fueron sorprendidos y completamente derrotados por los austríacos á las ordenes del principe Kaunitz. Huía todo el ejército en desórden hácia á los puentes, cuando oportunamente llegó KLEBER con tropas de reserva, contuvo al enemigo victorioso y salvó á su ejército de un total esterminio. Sin embargo, los republicanos tuvieron por segunda vez que atravesar el Sambre, habiendo perdido 4 mil hombres y 25 piezas de artillería (1).

En tanto que corria en copiosos torrentes la sangre sobre las márgenes del
 Batalla de Turcoing Sambre, ocurrían en Flandes de Occidente sucesos de mayor importancia todavía. Los aliados habian logrado reunir allí 90 mil hombres, incluyéndose en este número 133 escuadras, que estaban al inmediato mando del emperador; y la situacion que guardaba él á la izquierda de los franceses era tal, que concibieron sus enemigos el desígnio de cortar el grueso del ejército y arrojársela en di-

(1) Jom., V, 79, 83, 85. Toul., IV, 322. Th. VI, 292. An. Reg., 1794, 331.

reccion del mar, hecho lo cual no la quedaria otra alternativa que rendirse. Con este intento dividieron su fuerza en seis columnas y movieronlas en líneas concéntricas sobre el cuerpo de ejército frances que estaba situado en Turcoing. Si hubiesen obrado con mas acuerdo y adoptado mejor linea para moverse, habria sido coronado el ataque con un éxito brillantísimo, pero el antiguo sistema de dividir sus fuerzas, que se habian empeñado en seguir, no les atrajo sino desastres. Las diversas enunciadas
 Mayo 16. columnas, algunas de las cuales se hallaban separadas de las demas por un espacio de nada menos que 20 leguas, no pudieron llegar simultáneamente al punto del ataque; y aunque cada cual por sí se manejase con firmeza al entrar en accion, no podia haber en sus operaciones aquella unidad que es indispensable para el triunfo. El 17 obtuvieron á las inmediaciones de Turcoing algunas insignificantes ventajas, pero los republicanos habiendo en aquella sazón reunido en una posicion central á sus tropas, se encontraron en la posibilidad de caer con una formidable fuerza sobre las aliadas columnas de sus contrarios. A las tres de la mañana del 18 el general Souham, á la cabeza de 45 mil hombres, atacó á los cuerpos de ejército que mandaban el general Otto y el duque de York, al paso que otra division de 15 mil hombres aranzaba tambien sobre ellos del lado de Lilla; el primero fué derrotado con una considerable pérdida; y el último, aunque se defendió vi-

gorosamente al principio, encontrándose con que se le habia cortado toda comunicacion con el resto del ejército, y con que se hallaba cercado por una fuerza infinitamente superior en número se desbandó y tomó la fuga; circunstancia que al cabo se juzgó feliz, porque si se hubiesen sostenido estas tropas todas seguramente habrian caido prisioneras. Fué tan repentinamente esta derrota, que el mismo duque de York no debió su salvacion sino á la velocidad de su caballo, circunstancia que tuvo la sinceridad de confesar en su parte oficial relativo, y que realza su buen nombre. Tan defectuosas eran las combinaciones del príncipe Coburgo, que al paso que sus columnas del centro se hallaban agoviadas bajo una enorme masa de 60 mil hombres, las dos de la izquierda, que ascendian nada menos que á 30 mil hombres mandados por el archiduque Carlos Kinsky, permanecieron en una inaccion absoluta; y Clairfayt, que mandaba 17 mil á la derecha, y que llegó demasiado tarde para tomar una parte activa en la contienda, tuvo que retirarse despues de haber tomado siete piezas de artillería; compensacion demasiado insignificante comparada con el total destrozo del centro y con el menoscabo moral á que dá origen una derrota. En esta accion, que costó á los aliados la pérdida de 3 mil hombres y de sesenta piezas de artillería, ostentóse de bulto la superioridad de los generales franceses, teniendo á sus órdenes una fuerza total inferior en número á la de sus contrarios, presentáronles una

fuerza numérica superior en el punto de ataque; pero despues de haber destrozado el centro, pudieron haber sacado mayores ventajas de su victoria si no se hubiesen limitado á la insignificante de quedar en el campo de batalla (1).

El 22 de Mayo, Pichegru que se habia encargado á la sazón del mando, reiteró

Mayo 22. el ataque con una fuerza que en la actualidad se habia aumentado, en virtud de sucesivas adiciones que se la hicieran, á cerca de 100 mil hombres, con la intencion de forzar el paso del Escalda, poner á Tornay asedio y apoderarse de un convoy que iba subiendo el enunciado rio. A los principios lograron los republicanos poner en fuga á las fuerzas de los puestos avanzados; pero habiendo llegado un refuerzo de tropas inglesas mandadas por el general Fox, y siete batallones austriacos, en auxilio de los hanoverianos que cubrian aquel rumbo, trabóse un furioso y sangriento combate, en

el cual se sobrepuso la firmeza de Nuevas acciones sin resultado. las tropas inglesas á la impetuosidad de las contrarias y quedó al cabo en poder de aquellas la aldea de Pont-a-chin, que era el punto que se disputaran. La batalla duró desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche, y terminóse por una carga general que dieron los aliados por medio de la cual arrojaron del campo al enemigo [2].

[1] Jom., V, 86, 97. 93. Toul., IV, 322. An. Reg., 1794, 332. Th., VI, 295, 296. Hard. II, 536-7.

(2) El emperador Francisco se conservó á caballo



En este combate, que fué uno de los más obstinados de la campaña, perdieron los franceses más de seis mil hombres; pero fué tal el cansancio de los vencedores despues de un combate de tal encarnizamiento y duracion, que no les fué posible llevar adelante su triunfo. Veinte mil hombres sucumbieron por ambos lados en estas sangrientas batallas; y sin embargo, ninguna de las dos partes contendientes habia adquirido ventaja alguna decisiva ni adelantado un palmo de terreno (1).

Viendo Pichégu que nada podia adelantar por este rumbo, resolvióse á trasladar el teatro de la guerra á Flandes de Occidente, en cuyo territorio, por todas partes obstruido, no podia maniobrar con facilidad la caballería de los aliados, y de acuerdo con ésta idea puso cerco á Ipres. Hacia aquel tiempo condujo el emperador en persona á diez mil hombres al Sambre para reforzar aquel ejército; y hallándose el ala derecha de los aliados por este medio debilitada, permaneció en una actitud defensiva á las inmedia-

por espacio de doce horas durante esta sangrienta jornada, corriendo incesantemente por las filas y animando á los soldados á que continuasen en sus esfuerzos. "Animo, amigos míos, deciales cuando veia que estaban á punto de desmayar; con pocos esfuerzos mas la victoria es nuestra."—Hard., II, 538.

(1) An. Reg., 1794, p. 333. Jóm. V, 98, 99, 104. Th., VI, 297. Hard., II, 537, 538.

ciones de Tornay, que fué fortificada con el mayor esmero [1].

Los indecisivos resultados que produjeron estas encarnizadas acciones, los cuales manifestaron á las claras el gran vigor que los republicanos poseian, y la furiosa lucha que conocieron los aliados, que se verian en la precision de sostener á la menor tentativa que hiciesen para posesionarse de un pais que contaba con tales defensores, introdujeron un importante cambio en los planes del Austria. Thugut, que tenia ideas esencialmente patrióticas, y á quien repugnaba tomar parte en toda contienda que no redundase en beneficio de los Estados hereditarios, habia abrigado de mucho tiempo atras, una oculta aversion á la guerra que se hacia en Flandes. No podia ocultarse á sí propio que estas provincias, por mas opulentas é importantes que fuesen en sí mismas, contribuian poco á la verdadera fuerza de la monarquía; que su situacion tan remota del Austria y tan inmediata á la Francia, la haria caer, en una época nada lejana, en manos de ésta potencia emprendedora, y que la obligacion de defenderlas hallándose á tan gran distancia de Viena, atraeria al erario imperial un enorme y ruinoso gasto. Dominado por estas ideas, procuraba mucho tiempo hacia combinar en su imaginacion el proyecto de abandonar éstas remotas provincias á su suerte, y buscaba una compensacion para el Austria en la

(1) Jóm., V. 104. Toul., IV, 322.

Italia ó en la Baviera, queriendo que esta nueva adquisicion estuviese contigua á los Estados hereditarios. Esta idea fué durante mucho tiempo, un principio invariable en los consejos del imperio, y en este vago plan debemos encontrar el remoto origen del tratado de Campo-Formio y de la desmembracion de Venecia [1].

Dos dias despues de la batalla de Turcoing celebróse reservadamente una junta de estado en el cuartel general en las fuerzas imperiales, en el quale se deliberó sobre las medidas que se deberian tomar para la continuacion de la guerra. Esta oportunidad pareció propicia al hábil diplomático de que dejamos hecha mencion para presentar su proyecto favorito. La inaccion en que se conservaban los prusos y la tristeza que mostraban á pesar del subsidio que pagaba la Gran Bretaña, bastante á las claras hacian ver que no se debía tener en su cooperacion confianza alguna. Las últimas encarnizadas acciones de que Flandes de Occidente habia sido teatro, demostraban evidentemente que en aquella demarcacion no se habia de llegar á obtener ventaja alguna de importancia; y al mismo tiempo, la repugnancia que manifestaban los estados flamencos en contribuir con lo mas leve á la defensa de la causa comun y la notoria parcialidad que manifestaba un considerable partido que habia entre sus pobladores hácia los franceses, con quienes que-

[1] Hard., II, 539, 540.

ria contraer alianza, hacian sumamente dudoso que tan distantes, tan volables y tan desafectos vasallos contribuyesen por mas tiempo al sostenimiento de una lucha, que si daba resultados funestos, absorveria á la mitad de las fuerzas de la monarquía. Estas consideraciones se posesionaron fuertemente del ánimo del jóven emperador, que nacido y educado en la Toscana, no tenia grandes simpatías para con sus remotas posesiones flamencas, y apoyólas Mack con su opinion que era de peso, insistiendo con vehemencia en que era mejor que de una vez se retirase el ejército mas alla del Rhin cuando se conservaba en toda su fuerza, que no que corriese el riesgo de ser esterminado en los campos de la Bélgica. Dijóse que si Flandes era tan precioso para la causa de la independenciam europea, á la Inglaterra, la Prusia, y la Holanda en el centro de cuyos dominios estaba, tocaba dictar medidas para su defensa; pero que los verdaderos intereses del Austria se hallaban mas inmediatos á su territorio y que á donde se debian dirigir sus compactos batallones era á los Alpes marítimos ó hácia los márgener del Vístula, en cuyas regiones habia vastas y fértiles provincias que estaban en víspera de pasar á poder de sus ambiciosos vecinos. Que si los negocios tomaban, en la demarcacion de que se trataba, mejor aspecto, no seria quizá difícil empresa recobrar las provincias de la Bélgica como lo habia practicado en la anterior campaña Dummeriez ó que si desgraciadamente era esto im-

posible se presentaba mas probabilidad de sostener una guerra defensiva teniendo el imperio sus fuerzas en derredor de sí que, entonces que las tenia acumuladas en una posesion remota; ó que si negaba la paz á hacerse apetecible, podría ella obtener en cualquier tiempo cediendose á la Francia provincias que la eran tan preciosas, y en cuyo remplazo se haria la adquisicion de posesiones inmediatas á los dominios del Austria [1].

Discutióse esta cuestion con el detenimiento que su grande importancia exigia, y al fin la mayoría del consejo decidió que el sostenimiento de una guerra gravosa y aventurada cual aquella, en favor de subditos tan distantes y tan desafectos á su gobierno, era contraria á los intereses vitales del estado. De consiguiente quedó resuelto que tan luego como lo permitiese el decoro se retirarian de Flandes las tropas imperiales; que esta revolucion se tendria, entretanto, en la mayor reserva; que para poner á cubierta el honor de las armas del imperio se aventuraria una batalla general, y que del resultado de esta dependeria el plan que para lo sucesivo se adoptase; pero que, entretanto, marchase el emperador inmediatamente para Viena á imponerse del estado que guardaban los asuntos de la Polonia que exigian una inmediata vigilancia. De acuerdo con esta revolucion puso

(1) Hard., II, 539, 543.

se el emperador poco despues en marcha, dejando á Coburgo el mando del ejército (1).

Entretanto los comisionados de la Convencion, incapaces de preveer el giro que debian tomar en breve sus asuntos, á consecuencia de las divisiones de los aliados, y sin arredrarse por los reveses que el ejército del Sambre habia sufrido, aguijaban incesantemente á los generales para que reiterasen sus esfuerzos. En vano se les manifestaba que los soldados, exhaustos de cansancio, descalzos y faltos de vestuario, tenian suma necesidad de descanso: "Mañana," decia Saint-Just, "debe la República alcanzar indispensablemente una victoria; elegid entre una batalla y un sitio." Estrechados por funcionarios que hacian valer sus argumentos por medio de la guillotina, preparáronse los generales franceses á emprender otra tercera expedicion al lado del Sambre. Hacia fines de Mayo hizo Kleber una tentativa con tropas agoviadas todavía por las anteriores fatigas y casi muriendose de hambre, y el resultado de ella fué el mismo que hubiera debido esperarse; que los granaderos fueron rechazados á metrallazos y que el general Duhesme fué derrotado con poquísima dificultad por el enemigo. Apesar de esto, volvieron á la carga el 29 los indómitos republicanos, y despues de un combate obstinado lograron arrollar

(1) Hard. II, 543, 545.